

LA PROCESIÓN DE LA CALAVERA



Tikal

En el departamento de Petén, en Guatemala, se encuentra el municipio de San José. Es un pintoresco lugar, situado a orillas del bello lago Petén Itzá.

En este municipio se encuentran las ruinas de las ciudades de Tikal y Uaxactún, que nos recuerdan la grandeza del imperio maya. Los habitantes de San José mantienen muchas costumbres antiguas. Una de ellas es la procesión de la calavera, que ha sobrevivido al paso del tiempo.

Esta procesión se celebra cada primero de noviembre, víspera del día de los fieles difuntos. Ese día, desde las primeras horas de la noche, la gente se reúne a esperar la salida de la procesión. Es un encuentro de vecinos llenos de devoción. Esa noche se prohíbe tomar licor y la gente se entrega a una penitencia de oraciones que dura toda la noche.

A las siete y media las campanas avisan que la procesión está saliendo del templo, encabezada por un grupo de honorables vecinos que llevan candelas encendidas. Uno de ellos lleva un platón en donde descansa una calavera acompañada de una candela encendida.

La procesión se hace en profundo silencio. De lejos parece un largo cortejo fúnebre, iluminado por infinidad de candelas. Sólo los rezos rompen el silencio de esa noche de ánimas. La procesión marcha lentamente por las calles, en dirección a la primera casa que visitará la calavera. Allí ya esperan los dueños de la casa con algunos invitados y candelas encendidas. El jefe de familia recibe la calavera y la pone en un altar.

En una mesa hay distintos alimentos y una gallina para el rezador. Esa noche el rezador recoge gallinas de todas las casas que visita la calavera. Después del rezo se reparten los

alimentos entre los asistentes. Sólo los alimentos de una mesa que está a un lado no se tocan. Esos son para las almas que no tienen quién ruegue a Dios por ellas. Se tiene el sentimiento de que al entrar la calavera a la casa, llegan también las almas de los difuntos, y entre ellas muchas almas que no tienen quién se acuerde de ellas.

Terminada la ceremonia, el jefe de familia devuelve la calavera al encargado, y la procesión se dirige a otras casas que desde antes han solicitado la visita. Quienes reciben la calavera en la casa, la honran por haber muerto algún familiar, o como ruego de protección, o por muchas otras razones.

Los que participan directamente en la ceremonia no deben trabajar ese día, deben estar en paz con el prójimo y recibir luego la calavera en su casa.

La procesión continúa a lo largo de la noche, en medio de visitas y de rezos. Hacia las cinco de la mañana regresan al templo. Allí espera el sacerdote para officiar la Misa de Difuntos. Luego depositan la calavera en una urna junto a otras dos.

Hubo tiempos en que se tenían doce calaveras, pero una vez un vecino enterró nueve. Dice la gente del lugar que a aquel hombre se lo llevaron las calaveras, pues enloqueció y murió poco después. Las calaveras son de personas del lugar. Fueron sacadas de sus sepulcros pocos años después de sepultadas.

Así, la víspera del Día de los Difuntos, los vecinos de San José, en el Petén, se reúnen con gran devoción para honrar, como lo hicieron sus mayores, a las almas de todos aquellos que ya partieron y dejaron a su paso por la vida una tradición que no termina.

